

LA SOCIEDAD DE LA CULTURA¹

Arturo Rodríguez Morató
Universidad de Barcelona

La cultura se ha convertido en un elemento ubicuo y decisivo de la realidad social. No se trata únicamente de que el sector cultural propiamente dicho –las administraciones, las instituciones, las industrias y los profesionales de la cultura- hayan alcanzado una dimensión muy importante y muestren un dinamismo particularmente intenso. Es que, además, en sus múltiples expresiones y registros, materiales o institucionales, la cultura aparece actualmente implicada en estrategias de promoción urbana y de desarrollo territorial, en procesos de producción y de consumo de todo tipo, en dinámicas de resistencia política, de reivindicación étnica o de construcción identitaria. La creatividad artística se plasma en lugares insospechados, no sólo en los anuncios publicitarios, en el diseño o en la moda, sino también, por ejemplo, en la cocina; y tiende a extenderse, por otro lado, a amplias capas de la población, porque en un creciente número de ocupaciones se van incorporando modos de hacer, modos de evaluar y modos de organizarse que, tratando de fomentar la creatividad, asimilan para ello los patrones propios de la actividad artística. En último término, puede decirse que casi nadie escapa a este fenómeno de culturalización del modo de vida contemporáneo, ya que tanto el ocio mediático cotidiano como el ocio turístico de la mayoría están hoy más que nunca cargados de espectacularidad y pautados estéticamente.

En España, la acrecentada importancia de la cultura en nuestros días es algo muy claro y muy tangible. Esta importancia se afirma ya enfáticamente en nuestra Constitución de 1978, que tiene un carácter marcadamente culturalista. Por otra parte, la pujante pluralidad cultural territorial constituye un factor clave en la problemática de la articulación política del país, una problemática siempre central en la vida pública española. De cara al futuro, además, otra cuestión de signo eminentemente cultural se dibuja también en el horizonte: la de la integración del alud inmigratorio de los últimos años. La cultura en España, por otro lado, no sólo es un interés público fundamental y un problema político de primer orden, es también un factor de desarrollo socioeconómico de primerísima importancia. Aquí han tenido lugar experiencias de regeneración y de promoción urbana a través de la cultura como las de Bilbao, con el Guggenheim, o Barcelona, que se han convertido en verdaderos paradigmas internacionales. España, por otra parte, es desde hace mucho tiempo una gran potencia turística. Esta especialidad del país no había tenido en su origen un contenido específicamente cultural. Sin embargo, en los últimos tiempos las cosas están cambiando y ahora el sector turístico español parece irremisiblemente abocado a un desarrollo culturalista. Es un desarrollo en el que se establecen sinergias fundamentales entre el patrimonio histórico

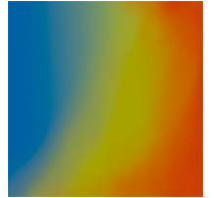
¹ Este texto recoge algunos de los análisis contenidos en mi trabajo "La perspectiva de la sociedad de la cultura", que aparece como introducción en Arturo Rodríguez Morató (ed.), *La sociedad de la cultura* (Barcelona, Ariel, 2007).

y la creación cultural actual, ámbitos que de este modo se ven potenciados mutuamente. El dinamismo creativo resultante ha alcanzado ya de hecho prominentes resultados en terrenos tan diversos como la arquitectura (que ha triunfado recientemente en el MOMA) o la cocina (que de la mano de Ferran Adrià se ha hecho presente este año en la Documenta de Kassel). Por otra parte, en las últimas décadas el sector cultural ha experimentado también un desarrollo inusitado en nuestro país, una evolución a la que no ha dejado de contribuir la deriva culturalista del turismo. Hemos visto, a este respecto, un proceso de acelerada expansión de las administraciones culturales, de proliferación de museos, de orquestas y de todo género de instituciones artísticas, así como de multiplicación del número de los profesionales de la cultura. Y percibimos también en el desarrollo de las industrias culturales dentro del marco hispánico una oportunidad estratégica de largo recorrido, aún en buena medida por explotar. Desde la perspectiva española, la tendencia culturalista de la sociedad actual resulta, por tanto, bien obvia.

La experiencia española permite apreciar un rasgo esencial de la evolución culturalista de la sociedad que no ha sido todavía muy analizado por los estudiosos de lo social: la compleja interrelación y retroalimentación entre los cambios en la esfera de la cultura especializada y las transformaciones culturalistas de la sociedad en su conjunto. A este respecto, puede decirse que el advenimiento de la sociedad de la cultura es el resultado de tres lógicas de cambio entrelazadas: una lógica de cambio socioeconómico, otra lógica de cambio organizacional y una tercera de cambio ideológico.

La dinámica capitalista postindustrial, que supuso la terciarización de la economía, el desarrollo del capitalismo corporativo y del Estado del Bienestar, provocó profundos cambios sociales en el segundo tercio del siglo XX. Se produjo una enorme expansión de la educación superior y una generalizada tendencia a la profesionalización del trabajo, al tiempo que el consumo se disparaba y el ocio se convertía en un espacio vital de gran importancia. El auge de unas nuevas clases medias ligadas a la mutación postindustrial impulsó la transformación del marco cultural del modo de vida: la destradicionalización general de la sociedad y la individualización de las identidades y los estilos de vida. Es así como avanza en el conjunto social, por un lado, la redefinición patrimonial de los modos de vida tradicionales, y por otro, la sustitución de los valores materialistas por los valores postmaterialistas (los orientados a las necesidades de pertenencia y estima, o a los intereses de autorrealización intelectual y estética). Este cambio cultural general se conforma en primer lugar en el ámbito del consumo, donde se desarrolla una creciente reflexividad estética, mediada por la publicidad, y se expresa de manera paradigmática en el terreno del turismo y de la moda.

Los cambios en la esfera cultural especializada han seguido una lógica independiente, pero han estado a su vez estrechamente entrelazados a los cambios culturales más generales que acabamos de reseñar. Las industrias culturales se han transformado profundamente desde su época dorada de la década de 1940. Las gigantescas productoras y sus factorías de creación, ejemplificadas en los grandes estudios del Hollywood clásico, se han descoyuntado. Las crisis responsables de esa mutación tuvieron múltiples causas endógenas (cambios tecnológicos y

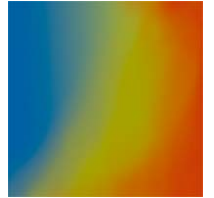


normativos, entre otras), pero su resolución a partir de la década de los sesenta en forma de reestructuración posfordista sólo pudo producirse sobre la base de las nuevas pautas de consumo cultural –más diversas, más cambiantes, menos jerarquizadas- introducidas por las nuevas clases medias profesionales.

En el ámbito de las instituciones de alta cultura –orquestas, teatros, museos-, que han experimentado también importantes cambios de orientación a partir de aquellos años, en el sentido de hacerse más y más inclusivos, social y estéticamente, el factor clave fue la gerencialización, una transformación organizacional que realzó el poder de los administradores profesionales –los gestores culturales-, en detrimento de quienes anteriormente las controlaban, que eran los patronos privados y los profesionales de la estética. Estos nuevos administradores son por naturaleza proclives a las políticas de inclusión y de expansión institucional –objetivos a menudo entrelazados- porque en ellas se cifran sus propias posibilidades de promoción económica (sus sueldos suelen estar en relación con el presupuesto de la institución) y porque a través de ellas se crea el espacio de actuación en el que se sustenta su autoridad y su autonomía.

El ascenso de la nueva figura del gestor cultural remite, sin embargo, también a un impulso originario de expansión y de transformación de las instituciones de alta cultura, más allá de los límites de la esfera cultural especializada, pues este impulso resulta en buena medida del incremento de la implicación estatal en el sostén de estas instituciones, un incremento que obedece a una lógica política con sus propias claves, y con efectos que desbordan ampliamente los límites de las instituciones tradicionales de alta cultura. Esta lógica política se pone en marcha con la institucionalización de la política cultural como extensión del Estado del Bienestar. Aunque siguiendo derroteros particulares, en función de la diversidad de los modelos institucionales de base, la mayoría de los países occidentales experimenta una misma deriva doctrinal tras la instauración de las administraciones culturales en los años sesenta, de las orientaciones de democratización cultural a las orientaciones de democracia cultural. Se trata de una deriva que articula una lógica de fondo común, afín a la filosofía del Estado del Bienestar: la de la inclusión social y la responsabilización pública. Esta lógica, que es en buena medida responsable del desarrollo inflacionario de la administración cultural, tiene efectos diversos². En las instituciones tradicionales de alta cultura la lógica de la inclusión y la responsabilización se concreta en la tendencia de las administraciones a favorecer la ampliación y diversificación de los públicos, así como la justificación de las actuaciones. Esto sitúa a las administraciones en la misma línea de los gestores y hace de ellas sus más firmes impulsores. Pero más allá de estas instituciones, la lógica de la inclusión y la responsabilización ha impulsado, asimismo, la extensión de los apoyos de la administración a los creadores, e igualmente su implicación en el sostén de actividades

² Otra lógica que impulsa también de forma importante el desarrollo inflacionario de la administración cultural es la lógica de la replicación administrativa: la tendencia a replicar los departamentos culturales en los diferentes niveles de la administración pública en función de la oportunidad –las competencias culturales nunca son exclusivas- y el interés que ofrecen –la acción cultural sirve para crear imagen e identidad, lo cual se traduce en peso político.



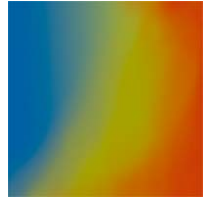
artísticas cada vez más alejadas de las artes clásicas. En conjunto, todo ello ha contribuido grandemente a la desjerarquización del campo cultural.

Por último, más allá de dinámicas de naturaleza socioeconómica y de factores de carácter organizacional, también lógicas de carácter intrínsecamente cultural han incidido decisivamente en el cambio cultural contemporáneo. La dialéctica vanguardista del arte moderno, que se despliega de acuerdo con una lógica particular, sustentada en la autonomía alcanzada por el campo artístico a lo largo de la modernidad, es también responsable, por ejemplo, del alejamiento de las élites sociales respecto a la alta cultura. Su avance, que va a ir acelerándose con el tiempo, no es lineal ni exclusivamente formalista, pero sigue en general una lógica de progresiva impugnación convencional (tanto en relación con convenciones discursivas como institucionales). En grado creciente se problematiza, así, la tradicional función identitaria del arte, se dificulta su comprensión y fruición, y se cuestiona también el marco social, inmediato o general, en el que se inserta. De este modo es como el arte fue haciéndose ajeno, y hasta crecientemente antagónico, a las élites sociales que en otro tiempo lo habían apoyado, contribuyendo a su progresivo extrañamiento.

La eficacia causal del cambio propiamente cultural no operó en el exclusivo ámbito de la alta cultura. A este respecto, las transformaciones socioeconómicas de la primera mitad del siglo XX, que como hemos visto fueron acrecentando el peso y la centralidad social de la cultura, prepararon el terreno para una mutación trascendental. Los principios expresivos y subversivos, de naturaleza romántica, que el arte había articulado durante más de un siglo en el espacio social delimitado y marginal que le estaba reservado, se trasladaron al espacio social más general. A través del vehículo generacional de la juventud, estos principios germinaron a finales de los años sesenta en la llamada contracultura, un conjunto de ideologías y formas de vida contrapuestas al sistema social establecido. El desarrollo del discurso cultural incidió así, de forma crucial, en el desencadenamiento de la crisis social de aquellos años. La cultura se había tornado a esas alturas estructuralmente decisiva.

Las revueltas estudiantiles de finales de los sesenta no obtuvieron resultados políticos relevantes, pero la revolución expresiva que abanderaron impregnó a toda una generación y caló profundamente en la sociedad. La desestabilización sociopolítica que provocaron se encadenó poco después a la crisis económica del 73, que sacudió los cimientos del orden económico vigente desde la posguerra, debilitando la capacidad estructurante de la economía. Así, la reestructuración que toma forma a partir de los años ochenta lo hará ya bajo el signo de la cultura. Los impulsos contraculturales de los sesenta se materializarán entonces en un nuevo orden de valores y formas de vida, en un nuevo universo de creaciones postmodernas y en modelos innovadores de producción económica, como el representado por el Silicon Valley.

Ahora bien, ¿cuáles son los rasgos que caracterizan a la nueva sociedad de la cultura? En primer lugar, la ampliación del propio sector cultural y de su espacio de influencia dentro de ella. En el ámbito de la cultura especializada, desde los años 60 han aumentado en gran



medida los consumos artísticos y culturales y se han ido haciendo mucho más influyentes en la vida de las personas, señaladamente en la de los jóvenes. De igual forma, han crecido paralelamente las prácticas artísticas amateur. Y una evolución semejante ha podido registrarse también con respecto a los mercados de trabajo artístico, que han aumentado considerablemente sus efectivos y todavía más su capacidad de atracción. Por lo demás, estas evoluciones se corresponden con las que han experimentado las industrias culturales, amplificadas a un nivel inusitado en nuestros días, e igualmente las instituciones artísticas clásicas -los museos, las orquestas o los teatros-, que se han multiplicado por doquier.

Se ha producido un ensanchamiento de la esfera cultural, por la asimilación de un creciente número de actividades, cada vez más lejanas al núcleo original de las artes clásicas (cine, fotografía, músicas populares, producciones artísticas ligadas a los nuevos medios de comunicación de masas). Y además, el sector público, y en los últimos años el tercer sector, se han ido haciendo más y más presentes en este ámbito. Han ampliado y fortalecido, primero, el marco institucional de las artes clásicas; han entrado a intervenir luego en el terreno de las artes comerciales, tratando de acercarse al conjunto de la población; y han acabado por desbordar el terreno cultural especializado, en su tendencia a la patrimonialización del entorno y de los modos de vida de la población. Esta creciente implicación pública se ve acompañada, asimismo, por un auge muy general de la cultura comunitaria, que adquiere formas cada vez más mercantilizadas.

En el ámbito societal más amplio, la reestructuración de los años ochenta significa, para empezar, la culturalización de la economía. Por una parte, se desarrolla una nueva organización industrial, de naturaleza postfordista. En buena medida, esta organización, basada en la especialización flexible y la desintegración vertical, surge en respuesta a un nuevo patrón de demanda, extremadamente diverso y cambiante, de bienes y servicios de carácter posicional, culturalmente muy elaborados. Se trata de una demanda inducida y regida por el cambio cultural de las nuevas clases medias postindustriales; así, pues, de una demanda engarzada a la dinámica cultural, lo que plantea un revolucionario patrón de interdependencia economía-cultura. A partir de la reflexividad estética que el individualismo expresivo de las nuevas clases medias entroniza como nueva pauta social, todo el ciclo de actividad económica, desde la producción (cada vez más basada en el diseño), pasando por la comercialización (a través de la publicidad), y hasta el consumo, experimenta una intensa estetización. Por otro lado, aparece un nuevo paradigma de gestión del trabajo, que trata de trasladar al mundo de la producción ordinaria las características de la organización artística -la gestión por proyecto, la organización flexible y ligera o la construcción emergente-, y también las del *trabajo expresivo*, propio de los creadores -los valores de implicación, de realización personal, de identificación con la actividad y con la actuación. Se va conformando así un nuevo *espíritu del capitalismo* (Boltanski y Chiapello), una nueva ética económica: el *ethos creativo* (Florida). Es una suerte de reconciliación de la economía con la cultura, dos dominios que durante más de un siglo, a lo largo de toda la era industrial, habían evolucionado en radical oposición.

La reestructuración de los ochenta afecta también en un sentido parecido a la política, culturizándola. Tras la ruptura del compromiso corporativo se produce la desactivación del antagonismo político tradicional. Las identidades de clase se erosionan, los grandes partidos y sindicatos de izquierda entran en declive y los patrones de movilización social y de voto dejan de remitirse predominantemente a ellos. Nuevas dinámicas de signo culturalista se abren paso, a partir de movimientos sociales identitarios (étnicos, territoriales o de género), de subpolíticas de carácter cultural y de movilizaciones por causas específicas (contra el racismo, por ejemplo). Por lo demás, el sistema político se transforma, de una estructura fundada casi exclusivamente en el nivel nacional, a otra multipolar, en la que el poder local y la esfera global cobran protagonismo. Estos nuevos polos gravitarán también crecientemente hacia la cultura, porque de ella dependerán cada vez más: el ámbito local, para sus estrategias de desarrollo, y el global, en cuanto que las nuevas líneas de conflicto que en él se apuntan son asimismo de naturaleza cultural.